¡NI UNA MÁS! **UN TRIBUTO COREOGRÁFICO A LAS MUERTAS DE JUÁREZ**

De una conversación con Rossana Filomarino

Mauricio M. Chávez Medina

Sólo le pido a Dios que lo injusto
no me sea indiferente.
Mercedes Sosa

Una de las preocupaciones de Rossana Filomarino[1] es la exploración coreográfica del tema del dolor, como esa profunda parte del "lado oscuro" de todo individuo. Esta investigación en el campo del dolor humano tiene una raíz sicoanalítica, por cuanto trata de tejer sobre la dualidad de *Eros y Tanatos* (en indirecta referencia al célebre trabajo de Norman O. Brown[2]), que ella encuentra en la condición humana, entendida como una condición universal, como "un hombre general". Esto supone decir que el hombre deambula, entre distintos momentos de su vida, entre dos condiciones: de una parte, la condición de creación, ínsita en el amor; y, de otra parte, la de la destrucción, inscrita en sus pulsiones de dolor, destrucción, violencia y, finalmente, de muerte.

El trabajo de Filomarino, en ese sentido, se funda en todo momento en la experiencia que busca provocar en el espectador, no sólo en términos de una propuesta estética, es decir, de una cierta plástica del cuerpo; sino, y principalmente, de provocar en ese espectador una emoción profunda, que lo conmueva y que se vincule así a la expresión estética. Este propósito está asociado a otra gran preocupación de esta coreógrafa mexicana, que es ligar su trabajo con la sociedad, con lo que ocurre y preocupa a la colectividad a la que pertenece; no ver su trabajo artístico como un producto ajeno al acontecer y devenir de una colectividad humana, un poco en la línea de la célebre sentencia de Terencio: "Soy hombre: nada de lo que es humano me es ajeno".

En su más reciente trabajo coreográfico, *¡Ni una Más! Un Tributo Coreográfico a las Muertas de Juárez*, Rossana Filomarino patentiza su convicción sobre la existencia de un compromiso entre el creador y el espectador. El creador, quien a través de su *poiêsis*, de su acto creador, busca ligarse a su raíz humana esencial y al hacerlo crea en sí mismo una emoción que trata de transmitir en su obra; una emoción que, si es lector atento de su tiempo y su circunstancia social, expresará parte de ese universo con el cual interactúa y donde la coreografía representa su narrativa, misma que pone de relieve la interacción entre el hombre universal y su universo concreto, no como una abstracción, como una creación *ex nihilo*. En lo que hace al espectador, para ella el mejor no es aquél que es más culto o que va detrás de una experiencia placentera en lo estético, sino aquél que expresamente va en búsqueda de algo, que se cuestiona y, en su cuestionamiento, va en pos de respuestas, comprometido con su tiempo y su grupo social, como sujeto de acción en sociedad.

Para el creador, su intérprete y su espectador, existe una propuesta de mensaje social, el compromiso de enlazar su creación artística y la emoción implícita en ella con la sociedad y lo que en ella acontece. Es por todo ello, y en relación con la propuesta coreográfica de *¡Ni una Más!*, que Filomarino sostiene lo siguiente:

> Creo firmemente que toda labor creativa debe nacer de una necesidad personal en la cual se refleje una necesidad social, o por lo menos el sentir de un grupo social. El mundo que hoy vivimos está plagado de violencia: guerras constantes e inútiles en varios países, actos terroristas que cobran víctimas inocentes, fundamentalismos político que causan muerte en todo el planeta, guerras de cárteles, violencia contra las mujeres.

[1] Actual Presidenta del Colegio Coreográfico de México y miembro de *Sistema Nacional de Creadores de Arte,* de México, y directora del Grupo *DramaDanza*

[2] Brown, Norman O., *Eros y Tanatos. El sentido psicoanalítico de la historia*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 2ª edición, 1980.

El feminicidio de Ciudad Juárez es parte de esta violencia mundial. A todos nos corresponde cumplir alguna acción para que se terminen los asesinatos y se haga justicia. Desde el territorio de mi oficio de coreógrafa, humildemente, quiero echar mi pequeño granito de arena a esta causa: rendir un tributo y un homenaje a las víctimas y expresar solidaridad con todos los directamente afectados, en la creencia profunda de que todo el arte nos aporta como seres humanos y puede ser un freno a la barbarie.

Como se advierte en las últimas líneas, existe en el trabajo de Filomarino un *dictum* artístico que inspira toda su propuesta coreográfica, el cual postula que "el arte es el único camino contra la barbarie". Ese postulado va de la mano con otro igualmente importante, que se refiere a la idea de que la verdadera interpretación es un dar, es generosidad, es el momento en el que el intérprete se olvida de sí mismo con el fin de encontrarse con el Otro; una forma de que tanto el trabajo creativo como la interpretación aspiren a ser un universal y, por ende, el creador y su artista-intérprete se manifiesten como hombres y mujeres universales, en su profunda raíz local.

Lo anterior supone que el cuerpo responda al impulso de la emoción y la memoria, como una especie de memoria genética, así como al intelecto o la conciencia, y todos estos elementos en armoniosa unidad. Es así como Filomarino concibe el trabajo del verdadero intérprete dancístico. Esta idea de unidad de estos tres componentes de la interpretación coreográfica se sustentan en su idea de que "el cuerpo no miente".

Uno de los trabajos emblemáticos de su percepción del arte y la sociedad, del arte vinculado al cambio social, es el de *Sol de Viento*, metáfora inspirada por el inicio de la insurrección del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), en enero de 1995. En ese trabajo Filomarino buscó dar constancia de la existencia de otras culturas en el México contemporáneo, de culturas indígenas que son portadoras de visiones de mundo alternativas y conducentes a una socialización que no tiene el carácter destructivo de la visión del mundo de la modernidad sustentada en mitos como el del progreso y de la democracia de la racionalidad occidental. En su opinión, es en la visión de mundo de los pueblos de nuestra América indígena que está la raíz de la alternativa a la degradación que ha supuesto el proyecto de la modernidad proveniente de Estados Unidos y Europa Occidental.

Rossana Filomarino expresa esta propuesta en el siguiente y muy significativo párrafo, con el cual introduce este trabajo coreográfico en tributo a la insurrección del EZLN:

> ...*El sol de viento* protege todo aquello que espera un tiempo mejor para manifestarse. Mientras tanto, las nubes permiten disimular la persistencia de un mundo sagrado y mágico que la razón activa, fáustica del Occidente, se encargaría de aniquilar.
>
> El nuevo mundo no acaba de ser descubierto, no acaba de ser imaginado y protege los mitos más viejos de la humanidad, sus verdades más secretas, los sueños de creación del mundo y del hombre en medio de la violencia, el dolor, la esperanza y la alegría. Me detengo a celebrar un acto de la memoria y la imaginación, invirtiendo los términos usuales del tempo, quiero *imaginar un pasado y recordar un porvenir, prometido en parte por ese pasado.*

Es una visión del mundo donde el lenguaje tiene también otros niveles de significación y se sustenta en el convencimiento de que "si se lo nombra" —a la cosa, al hecho, al sujeto— "entonces existe". Al término de su coreografía, Rossana Filomarino hace que su elenco se arrastre haciendo la mímica de desplazamiento de unos perros por el escenario para, finalmente, elevarse, en significación de que el lenguaje ha sido creado y con él la condición de hombre, en una referencia a un *mito de origen* de la América indígena y a ese grito existencial por el reconocimiento de su *en sí y para sí*, del reconocimiento al valor intrínseco de sus culturas.

Rossana Filomarino advierte que ni el conocimiento del cuerpo y su consecuente dominio, ni la ejecución virtuosa, son suficientes para alcanzar el objetivo artístico de la coreografía, pues ésta debe ser antes que nada emoción y el cuerpo su "vehículo de expresión". No puede haber movimiento ni virtuosidad corporal que valga si en ello no se expresa el compromiso emotivo del artista-intérprete. Esto requiere de un *Nuevo Virtuosismo*, uno que suponga primordialmente la "entrega del ser"; un conocer el cuerpo, pero que agrega las mejores cualidades humanas y unas emociones profundas permeadas por un fuerte *ethos*. Una vez logrado esto último, es que se puede trasladar la propuesta estética y poética a una estructura coreográfica.

Este *nuevo virtuosismo*, como Filomarino lo denomina, es el aspecto central de la puesta coreográfica en escena. En opinión de esta coreógrafa mexicana, "El verdadero

intérprete, el creador, debe tener la capacidad de exponer su propio ser y eso implica un acto de generosidad: se desnuda como individuo para ofrecerse a los demás."[3] Este ir más allá de la técnica es conectar la interpretación con la propia visión de ese fluido de imágenes y significaciones que es la coreografía de la danza contemporánea, la cual busca que el intérprete entre en estados de conciencia alterados y se ponga al borde mismo de sus emociones.

Para Rossana Filomarino, las categorías de tiempo y espacio son aplicables al mundo coreográfico y en donde el cuerpo del ejecutantes son una extensión del espacio fuera de él, donde transcurre su interpretación, pero que encierra en su propia corporalidad; mientras que el tiempo es el que condensa la expresión de las emociones puestas en juego y una mediación de las significaciones plasmadas en la estructura coreográfica. "Cada obra a interpretar —advierte Filomarino—, requiere de una técnica especial, propia de la obra y de su lenguaje de movimiento, que va de la mano con la comprensión de la misma. El intérprete tiene que adivinar su sentido y enriquecerlo a través delo imaginario y de lo emocional... La aplicación de la técnica en la práctica crea la poética, eso es lo que diferencia al bailarín-ejecutante del bailarín-interprete y hace de él un creador. Hablo del *performer*, del virtuoso, del que ha escogido el oficio por una necesidad interior cuya pujanza es incesante y permea todas las esferas de su vida. Porque sólo así el proceso de capacitación, tan arduo y agotador, se vuelve satisfactorio y placentero."[4]

En cuanto al tiempo, este es el indicador, por así decirlo, de que el intérprete ha logrado su propósito. "Si el tiempo —nos dice Filomarino—, se hace largo para el intérprete durante la representación, es que las cosas no marchan bien... En cambio, cuando 'falta tiempo' o se tiene la sensación de que todo transcurrió muy rápidamente, es que sí se logró entrar al tiempo no mesurable, el que es el justo, el necesario (el *kairósk de los griegos)*, el que dura los instantes requeridos para cumplir con el significado, la energía y la emoción."[5]

Es una relación espacial-temporal que apela a otro aspecto que es la memoria en su estrecha vinculación con la emoción, una memoria corporal que encierra atavismos y pliegues de recordación más allá de lo consciente tanto del intérprete como del propio espectador. "El tiempo interno del intérprete —agrega Filomarino—, es paralelo al anterior; otro tiempo que existe en el cuerpo en acción, que *es vehículo de otros tiempos y de otras personas y de lo que yo mismo fui en otros tiempos. Es el tiempo de la memoria* (subrayado mío)."[6]

Para la coreógrafa, su trabajo ante todo busca llegar a lo que ella denomina "la memoria genética", que define como "un traspasar la conciencia de la memoria a fin de adquirir una *memoria genética*, una memoria que aunque no radica en lo experimentado por el espectador ni el intérprete, *está en las fibras mismas de una memoria corporal*", como una especie de mecanismo atávico. Según ella, en los últimos años, se ha producido en México un distanciamiento, e incluso desprecio de la *intelligentia* nacional por la danza. "Les ha dejado de interesar", advierte. En ella ven algo bello plásticamente, pero superficial en su contenido, frívolo, pues no encuentran una propuesta estética que se vincule con lo que ocurre en la sociedad contemporánea ni un mensaje social.

De ahí que *¡Ni una más!* no sólo sea una excelente propuesta coreográfica, sino también un testimonio de gran dolor en torno a un inexcusable acto de barbarie, de una realidad que lastima no sólo a la inteligencia, sino también a nuestras más humanas emociones, entre ellas la más digna, que es la capacidad de emocionarnos hasta la indignación ante un acto de violencia tan desnudo, de tanta barbarie. La obra de Rossana Filomarino parte de una profunda y genuina fe en el hombre y en lo humano, porque *nada de lo humano le es ajeno.*

Mauricio M. Chávez Medina. Mexicano, economista por la UNAM, antiguo miembro del Servicio Exterior Mexicano, excolumnista de un diario de circulación nacional, autor de diversos ensayos sobre temas internacionales y, actualmente, Maestrante en Estudios Latinoamericanos de la UNAM, generación 2004-2005

[3] Filomarino, Rossana, "*El Sentido del Espacio*", Revista bimestral DCO (Danza, Cultura del cuerpo, Obsesiones de la imaginación contemporánea), número 0, *El Hacedor*, México, julio-agosto, 2004, p. 8.
[4] Filomarino, Rossana, op. cit., p. 7.
[5] Filomarino, Rossana, "*El Intérprete y el Tiempo*", Revista bimestral DCO (Danza, Cultura del cuerpo, Obsesiones de la imaginación contemporánea), número 1, *Tiempo*, México, septiembre-octubre, 2004, p. 9.
[6] Filomarino, Rossana, "*El Intérprete y el Tiempo*", op. cit., p. 9.